

SÓRDIDA TROPICAL

Carlos D. Lechuga (La Habana, 1983) es guionista, director de cine y escritor. Sus crónicas, sobre el día a día y la noche habanera, le han hecho ganar la fidelidad de muchos lectores alrededor del mundo. Textos suyos han aparecido en *El País*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Qué Leer* y la revista *Quimera*. En el año 2020, publicó *En brazos de la mujer casada* con Editorial Hypermedia. En el 2024, la editorial De Conatus publicó *Esta es tu casa, Fidel*. Sus películas *Melaza*, *Generación*, *Vicenta B.* o *Santa y Andrés* se han visto en los festivales de cine más importantes del mundo.

Carlos D. Lechuga

SÓRDIDA TROPICAL



De la presente edición, 2025

- © Carlos D. Lechuga
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición: Ladislao Aguado
Maquetación y corrección: Editorial Hypermedia
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-76-8

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

SÓRDIDA TROPICAL

No sé en qué momento empezó mi fijación con las axilas. Ahora mismo si no las huelo, las toco o les paso la lengüita es casi imposible que se me pare el rabo. No tengo preferencias. A veces me gustan a medio afeitar; otras, están muy afeitadas, pero tienen una coloración más oscura. Nada más de imaginármelas me excito.

El otro día estuvo en la casa la primita de mi esposa y, como siempre, me puse en función de la visita. Preparé café, saqué helado, galleticas. En un momento, la chiquita, que es muy calladita y que debe de tener unos veinte años, se puso a jugar con su pelo. Se lo soltaba y acariciaba sin tener idea de lo que me estaba haciendo. Yo estaba en la cocina, pero por el hueco que da a la sala me eché todo el proceso. Tenía los grajitos blancos, bien afeitados y sus brazos eran fuertes como de hombre. Me dio tremenda pena, porque se dio cuenta y enseguida bajo los brazos y los pegó al cuerpo.

Esa noche, mientras se la metía a Marta, volvía y volvía sobre la imagen de la primita subiendo y bajando los brazos. A esta edad, y con el problema de erección que tengo, debo darle mucho al coco para que la sangre suba y me la ponga gorda. Mientras me movía y le olía el grajo a mi esposa me imaginaba una escena de

película: La primita había caído en una situación económica precaria y necesitaba de mi ayuda. Mi mujer, como casi siempre, estaba de viaje y me había pedido de favor que ayudara a la muchacha, que hiciera un esfuerzo. En fin, que la chiquita llegaba a la casa donde yo estaba solo y se sentaba a mi lado en el sofá a contarme su desgracia. Llevaba un vestido mostaza, corto, sin mangas, que dejaba ver mucho de su piel blanca y dura. En mi fantasía yo era un tipo bien comprensivo y estaba abierto a darle de regalo unos doscientos dólares. Así ella podía seguir pagando su alquiler y no tenía que preocuparse en devolverme nada. Ella, tranquilita, apenada, no sabía cómo agradecerme y sin más, se empezaba a recoger el pelo, poniéndome sus grajitos bien cerquita de mi cara. El espacio tibio entre el interior de su brazo y mi rostro se llenaba de un olor suave pero muy humano, casi animal, como si se hubiera puesto desodorante el día anterior pero ese día no. En ese instante me desabrochaba el *jeans* y le agarraba la cabeza para que me la chupara con suavidad. Después del tema sobaco, lo que más me mata es que me la chupen suave. Como si yo fuera un bebé al que hay que comerse a besitos. Me gusta que me la coman cuando el rabo está flácido. Y que con las yemas de los dedos le toquen el tronco, en la parte interior, mientras chupan. Lento. Sin apuro. Ver cómo una gota de saliva cae por el tallo. Oír cómo se atraganta con tanta carne.

Marta empieza a llegar al orgasmo. No tengo ni idea de qué piensa o con qué fantasea. No puedo desconcentrarme. Le paso la lengua por los pelitos rubios de su axila y pienso en que la cosa con la primita empieza a subir de tono: sentados en el sofá le doy par de galletas y los cachetes se le ponen rosados. Seguro que los ca-

ñoncitos de pelos de sus grajos cuando crecen son bien oscuros. Como sus pendejos, o los pelitos de las piernas o debajo del ombligo. En la fantasía le doy. Le escupo la cara y hago que se trague mi leche de dos semanas sin pajas. Eso me gusta, que se le llene la boca y que ponga cara de asco. Después la beso con suavidad, le doy de comer y le pido un taxi para que se vaya a casa. A fin de cuentas, yo no soy un monstruo.

El sexo con Marta no era nada del otro mundo. Ella era bastante pacata y siempre lo hacíamos de la misma manera, tirirín, tararán. Después nos despegábamos como dos focas sudadas que no querían verse más. Ella se ponía a ver una película y yo me iba a buscar el pomo de agua con el que siempre duermo al lado de la cama. A veces, cuando salíamos a esos restaurantes de lujo, los que abrieron nuevos, los particulares; esos que eran propiedad de algún militar, en donde el *gin-tonic* cuesta más que el salario de un médico, en donde todos los que salían en la televisión a decirle al pueblo que había que resistir-resistir-resistir se metían un buen tataki de atún, donde la cuenta era de cien dólares americanos... Ahí, a veces, ya pasadita de alcohol, cuando regresábamos a la casa, me daba una mamadita lenta. Pero esto solo pasaba cuando veníamos de alguna farándula de ricachones. El dinero la motivaba mucho. El mostrarse, el *lobby*, rodearse de gente poderosa, le cargaba las pilas un montón.

A Marta la había conocido gracias a un amigo en común. Orlandito había estudiado conmigo en el Instituto Superior de Arte. Su pasión era el montaje, la edición de películas, pegar un plano tras el otro. Tenía un novio desde siempre, un muchacho joven con mucha pluma. Orlandito, no. Era casi imposible imaginarse que era gay. A pesar de que nunca nos metimos mano, a lo largo de los años, en varias ocasiones me descubrí mirándole el bulto. Orlandito era bien bajito, cabezón. Se veía por fuera que tenía un buen pingón. Gordo. Con buena cabeza. Nada, que Orlandito me había invitado al Dylac, el bar donde siempre nos encontrábamos, y por esas cosas de la vida, Marta también estaba con unas amigas practicando el ejercicio de la «sufrión». La «sufrión» no era otra cosa que un chiste interno, una manera de hablar de la situación en que estaban en ese momento Marta y su amiga. Las dos, acabadas de separar, se regodeaban en sus fracasos amorosos.

La amiga estaba buena, pero se veía que no tenía ni dónde caerse muerta. Marta era la del barítono, la que invitaba, la tipa. La noche avanzó y Marta acabó sentada a mi lado contándome su vida. Poco a poco nos fueron dejando a solas. Ella estaba embulladita, yo le pedí cal-

ma. Quería hacer bien las cosas. Aún no era el momento de hacer el amor.

Cuando los amigos del Dylac estaban a punto de cerrar, pagué la cuenta con los únicos treinta dólares que me quedaban y salimos a caminar. Acabamos en el malecón, ella sentada en el muro con las piernas abiertas y yo, de pie, entre ellas. La miré. Nos besamos y me llevó la mano a su interior. Estaba mojada. Mojada y peluda. Para ser tan delgadita, la verdad, es que tenía un bollito gordo. Acabamos en su casa haciendo el amor. Suave. Con cariño e intensidad. Lo hicimos como lo seguimos haciendo ahora: misionero y con poco tumbado.

Es triste decirlo, la cabeza funciona de una manera bien loca, pero esa noche lo único en que pensé fue en que su apartamento estaba bien bueno. Me vi allí, relajado, escribiendo, cómodo.

Los días siguientes nos seguimos viendo. Todo chévere. Viento en popa. Poco a poco acabamos viviendo juntos en el apartamento y haciendo planes para la boda. En aquel entonces yo, que estaba a punto de cumplir cuarenta años, seguía en casa de mi madre.

Marta me gustaba. La cosa fluía, pero al mismo tiempo estar con ella era un escape, una salida. Su apartamento era un aliciente para seguir viéndola.

A los cuatro meses nos casamos. El día de la boda cogieron al opositor ese que se había encadenado en la calle para protestar por la miseria en la isla. Eso me había fundido. Trataba de no darle coco, pero no podía. Ese evento empañaba la ceremonia y como entre los invitados había muchos militares, a veces, pasabas por algún grupito y escuchabas hablar de lo sucedido.

Marta venía de una familia de bien, adinerada, cómoda. Su padre y su madre estaban juntos desde siem-

pre. Los dos coroneles, tenientes coroneles, del Ministerio del Interior. El señor parecía incapaz de pegar un tarro. No bebía, no fumaba, hacía ejercicios todas las mañanas, acompañado por su señora esposa. Llevaban una vida sana y aburrida. El hermanito de Marta era un muchacho de unos veinte años, adicto al basquetbol y a la música, que tenía una novia «papa sin sal» desde hacía años. El chiquito iba camino a tener una vida igual a la del padre. En él había algo que me molestaba. Con esa bobería sanota. Medio sangrón. Quizá me jodía eso, que era lo opuesto a mí. Que tenía una vida fácil, una vida como la que yo siempre soñé tener y nunca tuve. La familia de Marta era lo contrario a la mía. Familita de revistas. Perfectica. Asquerosos que son.

El día de la boda, lo que más recuerdo, es que, acabado de casar ya, yo le estaba mirando el culo a la primita. Un culo gordo y hermoso metido a duras penas dentro del vestidito corto ese.

La semana después de la boda me dio un bajón, me deprimí duro y me hallé un millón de veces echándole la culpa a mi madre y a mi padre de ser lo que era. Por ser tan distinto al hermano de Marta. Por fumar, beber, ser infiel y tener la cabeza siempre mala. Los culpé y me salieron dos textos cortos que los pude publicar en una revista digital y por los que me pagaron cuarenta pesos. Escribir te permite eso, soltar y no quedarte enquistado con el buche amargo dentro.

Allí estaba yo, luchando contra mis demonios, tratando de hacer más dinero y siendo mantenido por Marta. Mi nueva esposa ganaba bien, muy bien para los estándares de la isla. Cualquiera otro que hubiera tenido la suerte de conocerla, por lo menos trabajaría más en la tallita de serle fiel. Sin embargo, un sentimiento constante de ser

un recogido, un mulatico mantenido por una blanca, me hacía querer revelarme. Como una fuerza maligna que surgía de mi interior, todo el tiempo estaba dispuesto a meter la pata, con ganas de singarme a la primera que se me pusiera delante. Pero una cosa era pegar un tarro y otra, enamorar a la prima de mi mujer.

Cada vez que la prima nos visitaba había una tensión rara en el ambiente. Yo sabía que ella quería, y ella sabía que yo también. Marta desde su altura nos daba órdenes a los dos como si fuéramos críos: tú bota la basura, pica la cebolla, ayuda con la limpieza del cuarto...

La primita a los ojos de la familia era una muchacha muy seria, casi católica. Mira que me hice pajas y fantaseé con la situación. Aparte de su blancura que contrastaba con sus pelos bien negros, la niña tenía un par de tetas gordotas, paradotas, que se veían succulentas. Darle par de chupadas y morderle los pezoncitos... Ay, Dios. La primita en la cama debía ser algo serio. Una enferma entregada a todo.

Marta era lo contrario: flaca, rubia, muy intelectual, magra de carnes. Su trabajo lo era todo y casi no tenía tiempo para el romance o los preámbulos del sexo. Sus fantasías y sus cocos estaban en otro lado, en sus proyectos, en los viajes, en convertirse en una mejor profesional. Por eso no se molestaba cuando me iba par de días para San Antonio a dar clases y no cogía el ómnibus de las cinco de vuelta. Ella entendía que yo necesitaba un poco mi espacio. O su mente estaba en otro lado. Qué sé yo. Estas escapadas me servían a su vez para no estar todo el tiempo pensando en la prima. Esa idea me la tenía que sacar de la cabeza. Eso podía acabar con mi matrimonio y el sentimiento de culpa me podía enterrar.

¿A ustedes les pasa lo mismo? ¿Todo el tiempo están pensando en sexo? Yo si me siento en el suelo frente a un santero, en el medio de una situación que necesita de la ayuda de los muertos, a punto de ser consultado, de repente, me encuentro mirándole la entrepierna al hombre e imaginándome cómo tendrá la pinga. Si me encuentro a una vecina en la esquina y empezamos a hablar de cualquier bobería empiezo a fabular acerca de sus pendejos, de sus pelitos bajo el brazo, o, simplemente, me pregunto cómo olerá su coño.

Ahora mismo estoy sentado en el patio de la escuela de cine, interpretando bien mi papel de profesor, y frente a mí tengo a una argentinita gordita de unos veinte años que trata de explicarme por qué los cubanos y las cubanas somos tan sexuales.

Para hacerles un poco más clara la lectura, les cuento que ser guionista de cine no da para nada, nadie vive de esto, por lo que a veces tengo que venir a este campo de mierda a dar clases.

¿Por dónde andaba? Ah, sí. La alumna argentina y su teoría del sexo en Cuba. Según ella, como el país es tan pobre, la gente no tiene otra cosa en que entretenerse. La moneda de cambio, la única forma para divertirse

es singlar: chupar, meter, tocar, oler, menear... así hasta venirse. El venirse, el correrse, es el máximo placer que se puede encontrar en la isla. Además, es gratis, remata.

Yo me cruzo de piernas y suelto el humo de mi habano mientras me la imagino en cuatro. Toda esa masita blanca, esas nalgonas. Me imagino oliéndola, chupándola, metiéndole un dedo mojado en el bollito mientras le lengüeteo el ojete. ¿A que sabrá su ano? A óxido. ¿Lo tendrá limpio o huele fuerte?

Si se acuesta boca abajo y se empina bien, podría chuparle el culo, mientras con una mano le acaricio la perilla y, con la otra, le meto par de dedos para rascarla. Así no duraría nada y se dejaría de estar hablando tanta mierda.

Le digo: *Tienes que trabajar más en la sinopsis de tu historia. Me da la impresión que estás tratando de hacer una película que no está en el papel.*

La alumna me mira y asiente, toma notas. No sé si se creerá con la posibilidad de excitarme. Yo no debo caer en este tipo de juegos, ahora mismo cualquiera te saca una denuncia por comportamiento indebido. Es mejor mantenerse a raya con las alumnas.

Acabo la clase y me voy a la cafetería cargando mi maletín lleno de papeles. Me pesa. Es como una cruz que llevo. Me pido un café y le vuelvo a dar fuego al tabaco. De repente, veo a dos alemanas, altas, blancas, que avanzan por el pasillo y me miran. La que conozco, que es una alumna de intercambio, baja las escaleras y se acerca. Me aborda y, sin saludar, me dice que ha venido su amiga fotógrafa de Colonia y que están interesadas en hacerme unas fotos. Así, con el tabaco, como a lo Che Guevara.

Miro a la chica que se queda atrás y me doy cuenta de que es una especie de Sigourney Weaver joven, con el pelo bien corto, como en *Alien*.

Ahora no puedo, le digo... Me interrumpe, *no, no, es más tarde*. En la noche, en el apartamento 104, en el ala de Altos Estudios. Ok, acepto. *Nos vemos ahí a las ocho*. Genial. Todo bien. Luego de la última asesoría del día, que fue con un muchacho con instintos suicidas, que me contó toda su vida y que no tenía aún nada escrito, me voy a mi cuarto en la parte que está destinada a los profesores. Llamo a Marta y le digo que tengo una clase a las ocho. *No regreso hoy*. Me doy una ducha y salgo para el cuarto de las alemanas.

Caminando por el trillo me convenzo, no estoy haciendo nada malo, no son alumnas mías.

Las fotos son de muy mal gusto, me mojan con agua fría y me ponen unos billetes de veinte pesos cubanos en la mano. Me tiran fotos fumando y echando humo mientras me gotea la cara. El ambiente era bien sano. A media luz. No sentí nada raro. Solo un poquito de tensión sexual, pero podía ser solo mi imaginación. Me despido. Me agradecen. Vuelvo a la cafetería a ver si hay algún movimiento. Tengo que deslechar.

Estoy ahí apoyado en la barra y antes de pedir la primera cerveza veo a las dos alemanas caminando con apuro. Se me acercan y con unas risitas raras me dicen que quieren compartir conmigo. Al principio no entendí qué era lo que querían. Les dije: *Claro, vamos, nos tomamos unas cervezas*. La alumna de intercambio se percata de que no me he llevado bien la idea y riendo me dice que no, que lo que quieren es tener un trío conmigo. En ese momento, como si me hubieran dado un zapatazo por la cabeza, me quedo bobo. Es verdad que yo siempre estoy listo para el sexo, pero nunca he estado en un trío de verdad. Siempre que he estado con varias en la cama es porque he estado pagando. Todo

el mundo sabe que un trío pagado no es un trío serio. Yo soy como un hombre de los años 50: la esposa y las queridas. Bien tradicional. Tengo la teoría de que en una cama con dos mujeres, el hombre sobra. Las mujeres saben mamar mejor, tocar mejor.

Debo anotar algo que no les he dicho, la fotógrafa, la Sigourney Weaver, era bien machita, era casi un hombrecito. Los músculos de sus brazos eran fuertes y su andar era retador. Parecía ese tipo de lesbianas que tratan de ser más machos que los propios machos.

Un poco nervioso, acepto, compro varias cervezas y pregunto adónde vamos. Ellas creen que en mi habitación es mejor. Ante la mirada de unos alumnos y algunos profesores que se han quedado a pasar la noche (la escuela de cine es una especie de hospital psiquiátrico apartado y alejado de la ciudad), me voy con las dos blancas.

Llegamos a mi habitación y nos sentamos los tres en la cama. Empezamos a beber. En silencio. La más fuercecita me mira y no menciona palabra. La otra sonrío. Los nervios me dan por hablar y hablar. Hablar mierda. Hablar de Alemania y de mis viajes a Múnich, Berlín, Mannheim. Estaba sudando.

La más hembra, la que más conocía, había visto un video de unos policías abusando y dando golpes en La Habana. De eso prefiero no hablar. Esas cosas no las veo. Vivo como si estuviera en una burbuja.

Entonces, como si nada, la más hembra se levanta y me dice que se va. En ese momento me quedo sin entender nada, sin ella no había trío, es más, sin ella nada funcionaría, porque la más machita y yo no podríamos hacer mucho. Se le notaba de lejos que era muy lesbiana. Me empiezo a dar cranque en la cabeza y el pesi-

mismo se apodera de mí. Esta noche tampoco voy a probar lo que es un trío de verdad. Pajita, si acaso, y a la cama.

Cuando la alemana de pelo largo parte, la fotógrafa me agarra y me empieza a besar. Me besa con fuerza. En este nuevo escenario yo soy la hembrita. Me besa y, como si fuera una chica de quince años, me dejo besar. Empiezo a actuar con más suavidad. No queda duda, ella es el macho. Le doy besitos cortos en el cuello y veo que, además de ser musculosa, huele bien. Muy bien. ¿Una colonia de hombre? No sé. Seguimos besándonos y empezamos a desnudarnos. Qué maravilla, no tiene las axilas afeitadas, unos mechones negros de pelos largos lacios me invitan a chupar. Le subo los brazos y me la como a besos. En ese momento ella baja los brazos y me agarra las nalgas como si yo fuese Jennifer López.

Nos quitamos toda la ropa interior y nos abrazamos en la cama. Me doy cuenta de que mi pinga parada le causa asco. La mueve de un lado al otro. No tiene que decirlo. Me lo huelo. No quiere ser penetrada. Esta va a ser mi primera tortilla. Por cosas de la vida, acabo haciendo el amor con ella como si yo fuera una lesbiana más. Nos apretamos el uno contra el otro. Mi rabo a un lado para no hincarla. Bajo y le chupo el bollo con todas las ganas del mundo. Quiero ser una buena lesbiana. Una buena mamadora. Ella acaba y entonces baja a mi entrepierna, y justo debajo de mis huevos, empieza a lamer. Lame como si estuviese chupando un bollo. Me imagino que ella piensa que yo soy una mujer. En ese momento pienso que yo soy una mujer y que esa mujer me la está chupando. Pienso que tengo una vagina llena de pelos negros. Pelos negros que le restriego en la cara a una alemanita de buena familia.

Tenerla allá abajo es una especie de venganza. Una venganza contra los blancos. Es verdad que yo no soy muy prieto de piel, pero mi padre era mulato y su padre era bien negro, como Machín.

Ella sube. Teme que le eche la leche en la cara. Oliéndole el grajo yo me hago una paja y recojo el semen con mi mano para que no lo vea. No quiero que se sienta mal. Ella se viste y me da un beso en la frente. Me dice en un español extraño, que soy muy buena persona. Se va. Me acuesto y me duermo como una niña feliz.

Bueno, la cosa es que mi esposa estaba a punto de viajar y me iba a dejar dos semanas. Dos semanas a solas en un apartamento con unos dólares ahorrados, que nadie sabía que yo tenía. Este dinero me cayó del cielo por un trabajito de escritura que me llegó de España. Tremenda mierda de historia. Una vieja extremeña quería que le mejorará su guion, y a escondidas hice el trabajo y lo cobré. Mientras tanto, ayudaba más en la casa y gastaba menos, así no me sentía como un reverendo hijo de puta.

Esos dólares me iban a servir para soltar en grande todas las ganas que me quedaban por dentro. Marta viajaba más o menos cuatro veces al año y en los interines yo contaba los minutos y las horas para poder darme unas escapadas de lujo. Las escapadas de lujo me parecía que no contaban como engaño. A fin de cuentas, ella no estaba en el país y yo no tenía que estarle mintiendo o bañándome apurado para que no sintiera algún olorcito raro.

Estas fugas a veces me hacían sentir mal, pero la realidad es que me ayudaron mucho a seguir casado. Cuando ella regresaba de sus periplos yo estaba de mejor ánimo, era más complaciente y hasta le hacía el amor con más ganas.

En la mañana, mientras Marta prepara su equipaje, se aparece en la casa Orlandito. Orlandito siempre usa unos pantalones bien apretados que le marcan mucho el paquete. A cada rato, mientras hablamos, me encuentro imaginándome en una situación en la que le abro la portañuela y le saco el monstruo de pinga ese que debe de tener. Me imagino mamándosela. No me cabe en la boca. Es inmensa. Pero luego se me pasa.

Orlandito llega y le preparo una merienda. Viene agitado. Me cuenta que en la calle se había encontrado con Gabriela. Ese nombre me reverbera en el cerebro.

Me hago el bobo, *¿Qué Gabriela?*, le pregunto. *Gabriela, la que estudió con nosotros en la facultad, la rubiecita linda que era novia de Raúl.* En ese momento actúo como que no estoy muy interesado, porque Marta aparece y se pega a escuchar la conversación. Hago un paréntesis para decir que Gabriela era mi obsesión, siempre quise meterle el diente, pero ella nunca me hizo caso. Solo tenía ojos para Raúl. Raúl el fuertón, el macho alfa del aula. Yo soy del tipo de persona que se demoró mucho en desarrollar, en crecer, y por aquel entonces era un tipo miedoso, pequeño, lampiño. Jamás esa rubia se iba a fijar en mí. Mira que me hice pajas pensando en esa boca, en esos muslones, en su pestecita a grajo después del turno de clase de las dos de la tarde. Para limpiarla con la lengua y echarle leche hasta en los ojos.

Hacía un tiempo, casi después de mi boda, me la encontré por casualidad en el Parque Central. Gabriela, un poco desmejorada, pero igual de sexy, andaba con un pan de flauta debajo del brazo atravesando el parque. Al verla, sentí un viento fuerte que le movió el vestido. Era como una aparición angelical. Como en un rapto empecé a seguirla y casi tuve que correr. Le aga-

rré el brazo, duro, y ella se sorprendió mucho al verme. *Has cambiado*, soltó. Hacía rato no coincidíamos. Gabriela estaba en una situación bien precaria, el dinero no le alcanzaba para vivir. La invité a un café cerca y dudó, pero terminó aceptando. Como lobo que lleva en la boca a su ovejita la conduje hasta un barcito oscuro, le pedí un ron y nos tiramos en un mueble acogedor. Le pasé la mano por arriba y le brindé mi ayuda. Tenía dinero. Yo podía cuidarla. Gabriela no parecía muy convencida. No paraba de mirar el reloj. Tenía miedo de que su marido la estuviera siguiendo. Le pedí otro ron y le fui arriba. La tipa me paró en seco y salió huyendo.

En fin. Orlandito, mientras mastica, me cuenta que Gabriela sigue con Raúl, pero están en una situación penosa. En el medio de la calle, apurados, Gabriela le había contado su vida. Desde hacía años no se veían y tenían que ponerse al día. Tuve miedo de que Orlandito fuera a soltar alguna barbaridad delante de Marta. Pero no. Según mi amigo, Gabriela le había dicho que Raúl había tenido que dejar sus sueños de hacer cine, porque la vida se les había enredado mucho. Sin muchas opciones, Raúl empezó a trabajar en la construcción con su padre. Ahí ganaba algo. Así habían pasado varios años tratando de salir adelante, hasta que hace poco Raúl había tenido un accidente de trabajo que lo había dejado en cama. Según Orlandito, la parejita, que tiempos atrás había sido la más envidiada de la escuela, hoy estaba en el peor momento. Raúl estaba postrado y Gabriela, destruida, sin dinero, sin saber cómo sacar adelante la casa, el matrimonio. Orlandito apenado le dio su teléfono y se brindó para lo que hiciera falta.

En ese momento, Marta me mete un beso en el cuello y me dice que somos afortunados. Orlandito asiente: *la vida está muy dura*.

Me levanto con la cabeza a mil. Nada pasaba por gusto. Yo estaba a punto de quedarme solo y Gabriela, el coco de mi juventud, necesitaba ayuda y dinero. Había una posibilidad, si no me la singaba, por lo menos la volvía a ver.

Enciendo la computadora y abro el programa de edición para que Orlandito se ponga a trabajar.

En el taxi, rumbo al aeropuerto, en el asiento de atrás, Marta me agarra la mano con fuerza y me busca la mirada, mientras yo le doy par de palmaditas y miro por la ventanilla hacia afuera, evitándola, pensando en Gabriela, en la primita, en las putas del parque Fe del Valle. Por fin me iba a quedar a solas. La leche iba a correr. Llegaba el momento del descanso del héroe.

En el salón del aeropuerto había un montón de mujeres hermosas. Jóvenes, en su mayoría, empatadas con viejos extranjeros. Marta lo tiene todo listo: maleta mandada por abajo, los papeles revisados, y empieza, entonces, a hacer un poco de resistencia para irse. Me abraza largo y tendido. Me dice que me cuide y que no haga ninguna locura. Estoy loco porque se acabe de ir. Abrazón fuerte. La separo del cuerpo. Besito y *bye bye*. La veo pasar inmigración y ya. Soy hombre libre. Gracias, Dios mío.

ÍNDICE

SÓRDIDA TROPICAL	7
«SOY UN SOBREVIVIENTE»	
UNA CONVERSACIÓN CON CARLOS D. LECHUGA	
	105

